

MISA CELEBRADA EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE CUBA

4 de junio de 1995

Queridos santiagueros:

Hace solo unas horas visitaba a nuestros hermanos cubanos que viven en Puerto Rico y en el sur de la Florida, hoy me encuentro con ustedes aquí. Todos estos desplazamientos no tienen otra razón de ser que poner bien en alto la misión propia de la Iglesia, que es congregar a sus hijos para que ofrezcan a Dios la alabanza de su amor fraterno.

El Papa Juan Pablo II quiso dar en mi persona un Cardenal a la Iglesia de Cuba y, desde el momento en que se conoció la noticia, todos los católicos cubanos se unieron en la alegría y la gratitud al Señor y al Santo Padre. Creo que esto marca de manera especial mi servicio a la iglesia como miembro del Colegio Cardenalicio. Así lo experimenté en Roma, al verme rodeado en el consistorio por católicos de todas las diócesis de Cuba y de las distintas partes de América y de España donde hay grandes núcleos de cubanos.

La unidad de la Iglesia, su capacidad de congregar en el amor, quedaron evidenciadas allí y también quedó delineado el sentido de mi actuación como Cardenal. Yo era el Arzobispo de La Habana, pero los cubanos de todas parte me recibían como su Cardenal. Esto me compromete queridos santiagueros, a compartir con ustedes mis alegrías y preocupaciones, mis anhelos y tristezas en relación con esta Iglesia que sirvo y amo, que es razón de mi vida y debe ser fuente de paz y esperanza para todos los cubanos.

Termino esta vez en Santiago mi visita a la región oriental. Santiago es toda evocación de luchas antiguas y más recientes. Cuna de patriotas, cuya enumeración y los hechos de sus vidas llenan centenares de páginas de nuestra historia. Como exponente de todos ellos basta citar al eximio General Antonio Maceo. Como en Bayamo, en Santiago, la Patria se siente y cuánto necesitamos los cubanos hoy sentir la Patria y amarla con todos los sacrificios que sean necesarios.

Celebrar en esta Catedral, junto a mi querido hermano, el Arzobispo primado de Cuba, Mons. Pedro Meurice, es revivir la presencia de aquel gran pastor, conocedor del cubano, amante apasionado de Cuba y de su pueblo. Mons. Enrique Pérez Serantes, es ponernos en su escuela de Misión y Catequesis para continuar, con más bríos, todo lo que en Cuba queda por hacer.

Celebra la Iglesia la fiesta del Espíritu Santo y he venido a celebrarla, porque era una deuda pendiente esta visita, aquí en la región oriental de Cuba. Fue la primera tierra cubana que pisé, después de ser recibido, como Cardenal de la Iglesia, en La Catedral de La Habana. Vine en aquella ocasión a visitar a la Madre de todos los cubanos, la Virgen de la Caridad de El Cobre. A darle gracias, a poner mi nuevo servicio eclesial entre sus manos, a pedirle por Cuba.

Muchos de ustedes, con sacrificios de todo tipo, se dieron cita en El Cobre aquella mañana radiante del mes de enero en que su querido Arzobispo y querido hermano en el episcopado, Mons. Pedro Meurice, multiplicó sus gestos de atención y afecto para conmigo. Así quiso el Arzobispo primado de Cuba que llevara aquel día, para la celebración eucarística, los ornamentos sagrados con que fue coronada la Virgen de la

Caridad hace casi sesenta años y que nadie más había usado después, la cruz pectoral del inolvidable arzobispo Enrique Pérez Serantes; que lució en su pecho lleno de amor a Cuba y a la Virgen de la Caridad aquel misionero infatigable cuando recorría incesantemente los pueblos y campos de esta inmensa diócesis, proclamando la Palabra salvadora de Jesucristo a nuestros hermanos y el báculo de pastor del obispo Morell de Santa Cruz, insigne prelado y el primer concededor de Cuba y de su historia.

Todos aquellos signos me entroncaban con lo mejor de la vida eclesial cubana, con su historia, donde descuellan hombres de gran relieve humano y cristiano y hablaban por sí solos de esa continuidad de la Iglesia en el tiempo, que no es un simple durar.

La Iglesia es un organismo vivo, que perdura transformándose en plena fidelidad a su Señor y transformando el medio que la rodea; es una realidad histórica y un edificio eterno. Los ecos de su ayer se sienten hoy con proyección de mañana y de eternidad.

La Iglesia no es discernible, si no se considera la fe que anima su actuación, no puede ser analizada con criterios meramente sociológicos, no es posible tener sobre la comunidad de los creyentes en Cristo enfoques meramente políticos. La psicología o la antropología en general fallan si pretenden abarcar globalmente, y solo como fenómeno estudiable, la vida de la Iglesia, su acción, su influjo; porque la Iglesia es también y ante todo: proyecto de Dios, querer de Dios, propósito entrañable del corazón de Cristo, misterio de amor del Redentor, que brota de su costado abierto en la Cruz.

Sin descubrir esta cara interna, profunda, espiritual de la Iglesia, nadie la puede comprender ni en su esencia ni en su quehacer.

Gran desafío este para los primeros discípulos de Jesús y para nosotros. *«El que es de Dios, oye mi voz»* –había dicho Jesús–, pero dijo también: *«no a todos se les ha dado a entender los misterios del reino de Dios»*. En su evangelio repite con frecuencia el Señor: *«quien tenga oídos para oír que oiga»*. Por lo tanto, no a todos podemos exigirles que comprendan la verdad sobre la Iglesia y el amor que ella vive y enseña y, sin embargo, a todos debemos anunciarles la buena noticia de la salvación e invitarles a integrar la comunidad de los seguidores de Jesús, porque es mandato del Señor: *«Vayan al mundo entero y hagan discípulos de todos los pueblos»*.

Verdad sublime que muchos no entienden, misterio de amor que nosotros cristianos, a pesar de nuestros límites y pecados, debemos anunciar a todos nuestros hermanos, ese es el mensaje que proclama la Iglesia. Para esta tarea sobrehumana, Jesucristo asegura a sus discípulos que estará con ellos siempre, hasta el fin del mundo. *«Yo no los dejaré huérfanos –dice el Señor– ... «El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ese se lo enseñará todo y les traerá a la memoria todo lo que yo les he dicho... el Espíritu de la verdad los guiará hasta la verdad completa... Él me glorificará porque tomará de lo mío y se lo dará a conocer.»*

Jesucristo no deja a su Iglesia en la orfandad, Él mismo la acompaña por medio de su Espíritu, que pone en las mentes y los corazones de sus discípulos los pensamientos y sentimientos de Cristo, que nos recuerda y aclara todo lo que Él enseñó, de modo que podamos proclamar, con sus palabras, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, la verdad que los hará libres, una justicia que no es la de los letrados y fariseos y un amor diferente, que trasciende toda filosofía.

Pero los discípulos de Jesús que, desde el día de la Resurrección del Señor, recibieron el Espíritu Santo prometido, permanecieron por un tiempo como sin saber el modo de proceder. Estaban seguros del triunfo de Cristo sobre la muerte, habían estado con Él, lo habían visto y oído. Sabían que debían ir al mundo entero y comunicar aquella buena noticia a toda criatura, pero ¿cómo hacer, por dónde empezar?, si además eran mal vistos de los judíos y se sentían vigilados y como cercados por los mismos que habían llevado a la Cruz a su Señor y que no querían oír hablar de que estaba vivo porque había resucitado.

Y acudían asiduamente a la oración con María la Madre de Jesús. Ella está en la gestación de la Iglesia, en la espera de dar a conocer al mundo a Jesucristo su Hijo, como estuvo en la espera callada del Mesías, que en su seno se hacía parte de nuestra humanidad. En Nazaret, cuando María le dio su sí al ángel, ya ella sabía que el Mesías prometido había sido enviado. Y fue así la Virgen de la Esperanza, que solo aguardaba que el Dios-con-nosotros se manifestara a su pueblo.

Al pie de la Cruz, cuando la lanzada del soldado atravesó el costado de su hijo bendito y a ella le traspasó el alma, María sabía que ya había nacido de aquel pecho abierto y sangrante de amor, la nueva humanidad redimida. Como Eva había sido sacada por Dios del costado de Adán mientras dormía un profundo sueño, la Iglesia, comunidad de salvados por Cristo, brotaba también, de aquella herida abierta en el costado del Señor que se durmió, rendido de sufrimiento, en el madero de la Cruz. «*De su costado salió agua y sangre*», dice el evangelista San Juan.

Por el agua del bautismo, que purificaría a muchos, y la sangre de la Eucaristía que santificaría a la multitud, nacería y se extendería la Iglesia y María tuvo que ser otra vez la Virgen de la Esperanza: todo lo había cumplido Dios en su Hijo Jesucristo, pero había que aguardar el momento de su manifestación al mundo.

Ella conoció la noticia de la resurrección antes que todos y supo que se había aparecido a los suyos y les había dado su espíritu y siguió acompañando a los discípulos en la fe y en la oración en espera de la manifestación del poder de Dios. Mientras, todos se reunían asiduamente con las puertas cerradas por temor a los judíos.

Y estando reunidos en el día de Pentecostés, se produjo un ruido como de viento impetuoso que estremeció la casa donde se encontraban y lenguas de fuego, aquel fuego del amor que Jesús quería traer a la tierra para que ardiera, se posaron sobre sus cabezas y los aterrorizados discípulos rompieron su silencio, abrieron las puertas, dejaron el miedo y comenzaron a hablar las maravillas de Dios en ese lenguaje del corazón que todo el mundo entiende, aunque se hablen lenguas diversas. Había comenzado la misión de la Iglesia en el mundo. Ya los discípulos no tenían que preguntarse más qué hacer y cómo hacer; ahora sabían que el Espíritu Santo pondría en sus bocas la palabra oportuna, arriesgada, cautivante, que los hombres de toda raza y nación podrían comprender, que él les daría la fuerza para seguir venciendo la inhibición y el miedo, que el mismo espíritu los haría salir a las plazas públicas y a los cruces de camino para repetir hasta el cansancio y aun hasta la muerte: Jesucristo es el Hijo de Dios, el Salvador, nadie sino Él trae amor y paz al corazón humano; él nos amó hasta el extremo, murió en la Cruz, resucitó y nos da su Espíritu Santo, que transforma nuestras vidas y nos libra del temor y del encierro.

Tú estás invitado a ser uno de los suyos, de los nuestros y a ir también por el mundo anunciando esta Buena Noticia.

En cada hombre, en cada mujer cristiano o cristiana se repite vivencialmente este recorrido espiritual desde hace casi dos mil años. La Iglesia también, en diversos sitios y en algunos períodos de la historia, revive esta misma trayectoria y siempre será el Espíritu Santo quien guíe a cada corazón humano hasta Cristo. Es ese mismo espíritu quien alienta, fortifica y conduce a la Iglesia en su misión.

¡Cuántos de ustedes, queridos hermanos, han experimentado esto personalmente en tiempos no muy lejanos quizá! Cómo nuestra Iglesia en Cuba ha debido hacer el recorrido azaroso de los apóstoles pasando por el desconcierto de la Cruz, y la fe callada en Cristo resucitado, cuyas palabras hemos oído calmadamente en los momentos de oscuridad: *«No teman, pequeño rebaño mío, yo he vencido al mal»*. Porque vimos empequeñecerse en número y en posibilidades misioneras a nuestra Iglesia, al mismo tiempo que se agrandaba en amor, cohesión, unidad, espíritu de sacrificio y fidelidad al Señor.

Cuando nos reunimos para el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, Cristo nos hizo oír su voz por medio de su Espíritu Santo: *«Anuncien el Evangelio a toda la creación»* y la Iglesia tomó entonces la determinación de ser una Iglesia Evangelizadora, misionera, en medio de nuestro pueblo y en las condiciones presentes. La acción del espíritu se hizo sentir y abrimos las puertas y salimos del encierro y comenzó a ahuyentarse el miedo, ese miedo que alejó a tantos de la Iglesia, miedo con respecto al futuro del niño y su educación, miedo a ser mal visto o no bien considerado en el trabajo. Fue la época en que la imagen familiar de Jesús, con su corazón expuesto como signo de amor, pasó de la sala de la casa al cuarto de la abuela.

Se decía entonces al visitante inoportuno que llegaba al fondo de la vivienda: «ella tiene todavía sus creencias».

Parecía en aquellos tiempos que el ateísmo sería el pensamiento común de nuestro pueblo y que había que preparar a las futuras generaciones para que no se sintieran «incómodas» en un mundo sin fe. Cuán grande fue la equivocación de tratar el misterio profundo de la fe en Dios como si fuera cualquier tipo de idea u opinión que puede variarse sin que esto afecte a la persona, a la institución familiar y aun a la misma sociedad.

Qué ilusión pensar que a Dios se le pueda reemplazar en la vida por cualquier otra cosa. Cómo hemos pecado los cubanos una y otra vez contra la esperanza.

En esta noche oscura del alma católica cubana, brillaba la estrella de María. Para el pequeño resto fiel, la Virgen de la Caridad siguió siendo, como en todas las etapas difíciles de nuestra historia nacional, quien nos acompañó en la oración durante la espera de la manifestación de Dios, de ese Pentecostés que estremeciera nuestra Iglesia para salir a las plazas y que moviera los corazones de los cubanos para entender ese lenguaje diferente que nos presenta el Evangelio de Jesucristo, con los matices dulces y exigentes del perdón, de la misericordia, de la reconciliación, de la esperanza, del amor.

Pero la Virgen no nos acompañaba solo a nosotros, los que firmemente anclados en la vida eclesial, vivíamos, en la entrega de la fe, aguardando la manifestación de Dios. La Virgen de la Caridad, la Madre de los cubanos, como siempre en nuestra historia, siguió acompañando a todo nuestro pueblo: a aquella gente sencilla que parecía o decía no creer y que llevaba su medallita ennegrecida o la estampa ya

arrugada por el sudor de muchos años en su cartera, en su bolsillo. Ella solo supo, como Madre, de los rezos de los cubanos de cualquier nivel cultural, profesional, político o militar; ella sí recoge la verdadera historia del pueblo de Cuba, la de sus penas profundas, la de sus consuelos y esperanzas, en los pliegues de su manto, en lo recóndito de su corazón. De esto hay testimonios incontables en su Basílica de El Cobre. Ella ha sostenido y sostiene la fe de la Iglesia, como lo hizo con los discípulos de Jesús que permanecían en la oración en espera del espíritu, porque Ella es la Madre de la Iglesia.

Ahora muchos hermanos dirigen sus pasos a la fe cristiana, cansados tal vez de otros caminos, o con la curiosidad del descubridor que encuentra por vez primera una tierra cargada de promesas. Nuestra Iglesia es hoy, en gran número, una Iglesia de conversos, de reconciliados, de catecúmenos que van haciendo paso a paso el aprendizaje de la doctrina sublime de Jesús y de lo que es más difícil, de vivir acordes al Evangelio y a sus exigencias de amor, de justicia, de bien y de verdad. Muchos, por la fe, hallan por fin donde recostar su cabeza: *«Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré»*. Otros ponen sus carismas al servicio de sus hermanos enriqueciendo la vida comunitaria. Todos revitalizan la Iglesia y la rejuvenecen, pues los niños y los jóvenes responden con entusiasmo al llamado del Señor.

Los sacerdotes se sienten desbordados ante el gran número de fieles y de visitas a realizar a las comunidades domésticas que surgen necesariamente en pueblos, bateyes, caseríos y barrios sin iglesia y aun en lugares distantes de la misma ciudad. No ceso de invitar a los jóvenes para que reflexionen seriamente y, si descubren que Jesús los llama a la vida sacerdotal, no vacilen en entregarle su corazón. La oración de la Iglesia los acompañará siempre, el Espíritu Santo los llenará de fortaleza. Lo mismo digo con respecto a las jóvenes. Como María, algunas de ustedes pueden ser llamadas por Dios para consagrarles sus vidas en la oración, en las más variadas tareas eclesiales, en el servicio caritativo de sus hermanos más necesitados. Respondan como la Virgen con un sí decidido y total.

Nuestra Iglesia vive un nuevo Pentecostés no estruendoso, sin lenguas de fuego visibles, pero con un nuevo ardor evangelizador en los corazones.

Pero hay algunas inquietudes que pueden neutralizar ese ardor. Hay polvo y ceniza que pueden tratar de apagar el fuego vivo que arde en tantos hermanos nuestros.

Las carencias materiales, la falta de trabajo, el cansancio de haber luchado mucho sin obtener aparentemente grandes resultados, puede llevarnos a vivir en un tono mediocre de supervivencia, no solo material, sino espiritual. ¿Qué quiero decir? Lo mismo que empleamos todos nuestros esfuerzos en conseguir lo que necesitamos para alimentarnos cada día; así mi oración, mi vida de fe, puede limitarse a una subsistencia cotidiana, a pedir ayuda a Dios para el día que corre, a pasar el mejor rato del día o de la semana en la iglesia, cuando participo en la Misa, pero sin comprometerme apostólicamente, sin participar de la acción misionera o caritativa de la comunidad, ni interesarme en los programas de formación cristiana que tanto se necesitan hoy para que la vida de los católicos sea coherente con su fe.

De esto debe cuidarse la Iglesia, pues sería como retornar a un estado prepentecostal, es decir, de encierro en nosotros y en nuestros propios problemas.

Esta situación se hace más preocupante cuando, angustiados por las dificultades, agotados y decepcionados con respecto al futuro, algunos cristianos deciden irse de Cuba. Como decíamos los obispos cubanos en nuestra última declaración conjunta, a partir de ese proyecto de dejar nuestro país, cuya ejecución puede demorar años, se produce una especie de «exilio interno» que hace que muchos no tengan su centro de interés aquí, languideciendo en sus posibilidades de acción eclesial y de entusiasmo apostólico.

Solo el poder del Espíritu Santo puede arrancar del alma del cubano esas ansias de escapar, que han venido a reemplazar, en cierto grado, la verdadera esperanza cristiana.

Solo la Virgen de la Caridad puede acompañarnos como pueblo y como Iglesia en esta hora, como acompañó a los discípulos de su Hijo que esperaban la manifestación de Dios. Que Ella proteja a nuestra Iglesia y a nuestra Patria.

Queridos hermanos: La visita a estas tierras orientales es también recorrer un poco los santuarios de la Patria: La Demajagua, la Casa de Céspedes, en Bayamo, ciudad monumento, que escuchó emocionada, por vez primera, las notas del Himno Nacional. Celebrar la Santa Misa en la Parroquia de El Salvador, donde los patriotas llevaron a bendecir nuestra primera bandera, estar en Santiago de Cuba, cargada de historia, en cuyo cementerio de Santa Ifigenia, se guardan los restos de tantos próceres, entre ellos los de nuestro José Martí, y llegar a Guantánamo en cuyas playas pisó el apóstol tierra cubana al volver del destierro para liberar la patria.

Este año, en que conmemoramos el centenario de la caída en combate del apóstol, su pensamiento amplio y convocador nos invita a todos los cubanos al reencuentro, al amor, porque hay raíces cristianas en el pensamiento de Martí, muchas de ellas no suficientemente exploradas; pero, proviniendo de ellas sentimos que en el jardín de la Patria la savia vital del Evangelio fecunda su obra literaria y patriótica y lo convierte en ese forjador del pueblo que cultiva solo rosas blancas para amigos y enemigos y que no permite en su campo las espinas hirientes del cardo o de la ortiga.

No ceso de repetir este mensaje de amor y de acercamiento entre todos los cubanos en todos los pueblos y ciudades que he visitado en Cuba y fuera de Cuba.

Cuando el Papa Juan Pablo II nombró un Cardenal de la Iglesia en nuestra Patria se dirigió a mí y a los cubanos que me acompañaron a Roma con estas palabras:

«La Iglesia en Cuba, en su camino no exento de sufrimientos y esperanzas, vive en estos días unas jornadas de intenso júbilo al ser elevado usted, como Arzobispo de San Cristóbal de La Habana, a la dignidad cardenalicia.

Reconociendo su solicitud pastoral y las dotes que le adornan, he querido dar también una prueba especial de mi afecto por esa noble y querida nación, poniendo de relieve los afanes y proyectos apostólicos de esa iglesia local 'que vive, sirve y siembra el amor en Cuba', como usted mismo decía en su mensaje, del pasado 30 de octubre, a los católicos y al pueblo cubano.»

La Iglesia en Cuba no depende, sin embargo, únicamente de la presencia y la acción pastoral del Cardenal. Es toda la Iglesia la que tiene un gran compromiso de anunciar a Jesucristo Salvador a este pueblo deseoso de valores espirituales sólidos y aun sedientos de Dios.

Al decir toda la Iglesia, me refiero a cada uno de los católicos y no solo a los obispos, sacerdotes, diáconos y personas consagradas. Es toda la Iglesia la que debe mostrar su solidaridad en la caridad con tantos hermanos nuestros que sufren a causa de las carencias materiales, de la falta de medicamentos, del abandono por parte de la familia. Entre ellos están especialmente los ancianos y los enfermos crónicos o graves.

San Pablo nos exhorta a que cada uno aporte a la Iglesia los dones especiales que Dios le dio, para ser catequista, misionero, animador de comunidades, visitador de enfermos.

La Iglesia debe ser una gran familia donde todos se sientan acogidos, perdonados, valorados, ante tanta dureza y frialdad que encontramos en las relaciones humanas.

El mensaje que les dejo, queridos santiagueros, es que, dejando atrás la incredulidad y la indiferencia del corazón, vivamos de la fe. Ese debe ser el comienzo de nuestra felicidad.

En medio de tanta decepción, frustraciones y desalientos, los católicos debemos ser en Cuba testigos de la esperanza, siguiendo el mandato de Jesucristo, convocados por nuestra Santísima Patrona, la Virgen de la Caridad, hagamos triunfar el amor entre todos los cubanos.

Que la Virgen de la Caridad del Cobre bendiga a nuestra Iglesia y a nuestra Patria.